

Lorenzo de Médicis mereció el renombre de *Magnífico* por el esplendor con que tuvo su corte, pudiendo ser nombrada de este modo su morada. Príncipe del Estado como lo era, era tratado por los príncipes como su igual. ¿Cuánto su ambición no debía ser halagada, cuando desde lo alto de su quinta contemplaba aquella ciudad, bella por sus grandezas antiguas y modernas; donde Arnolfo, Orcagna, Masacio, habian atestiguado con obras maestras el renacimiento de las artes, y donde Brunelleschi habia construido el Espíritu Santo, la más bella iglesia, preparando en el palacio Pitti la futura residencia de los soberanos y colocado la maravillosa cúpula de la catedral; donde apenas le cedía en mérito Santa Cruz; donde Santa Maria la Nueva aparecía adornada y encantadora cual una novia; donde San Lorenzo habia sido concluido por Cosme al precio de 40,000 florines, y en el de 36,000 el convento de San Marcos, en el que ya resonaba una voz poderosa destinada á ser temida prontamente? *Esta ciudad es mía*, podía decirse con orgullo. Es cierto que sordos temores, que las amenazas de los republicanos resonaban aun en su oído, pero él los sofocaba bajo el canto de las musas familiarizadas, favoreciendo las bellas artes y las industrias útiles. Entonces «los mancebos más relajados que de costumbre, gastaban más de lo regular en trajes, festines y orgías semejantes; la ociosidad les hacia consumir en el juego y con las mujeres su tiempo y fortuna. Toda su ocupación consistía en mostrarse con espléndidos trajes, y espresarse con talento y finura; y el que criticaba á los demás con más destreza era el más sabio y estimado» (MAQUIAVELO). Ofrecía Lorenzo

Siena la cediese la aldea ruinosa de Monteagudo con su distrito, con intención de reedificarla en cinco años, para residir allí con cien familias por lo ménos. Se convino, pues, en que la nueva aldea dependería con su distrito del concejo de Siena, que tendría la guardia de la ciudadela, á escepcion de una puerta para que la emperatriz pudiese refugiarse en caso de necesidad; que juraría con los suyos fidelidad á la república de Siena; que ofrecería cada año á la catedral un cirio de ocho libras, y que pagaría durante diez años un tributo de cinco libras á la cámara de Bicherna. Las personas de su séquito, fueron autorizadas para tomar en Orbitello la sal para su uso á razon de diez sueldos el modio; se la concedieron dos campos, el uno para plantas de viñas, y el otro para pastos que pudiesen bastar para cien pares de bueyes. La emperatriz nombró dos oficiales griegos, encargados de administrar durante treinta años la justicia en esta colonia, tanto en lo criminal cuanto en lo civil, segun las leyes de los emperadores griegos, conformándose solamente en cuanto á las penas, á los estatutos de Siena, lo mismo que á los pesos y medidas del concejo. Los emigrados debían gozar de la exención de gabelas en todo el distrito; y si alguno de ellos abandonaba el territorio de Monteagudo, la república se comprometía á indemnizarle de los gastos de construcción y utensilios que dejase. Este convenio fué aprobado el 28 de abril de 1474; pero el escrito que refiere este hecho, omitido por los historiadores y contra el que se suscitan muchas dudas, no dice lo que impidió dar consecuencia á un establecimiento que hubiera mejorado tanto aquellos desiertos insalubres,

con las pomposas mascaradas que daba ocupación á los pintores y poetas, á los músicos, á los artesanos procurando distracción al vulgo. Componía himnos para las personas piadosas, y canciones licenciosas en la época de Carnaval para las gentes vividoras. Llamaba á los florentinos al teatro restaurado para aplaudir allí el *Orfeo*. Por sus cuidados se habian traído flores nuevas del Oriente á su quinta de Careggi. Los búfalos pastaban yerbas desusadas que habian venido de la India (21). Aunque ya se encontraban por todas partes maestros, escuelas, bibliotecas é instrucción para la juventud, lo cual no hacia tan necesaria y honorífica como en tiempo de Cosme el patrocinio de las letras, Lorenzo se rodeó de sábios que hicieron florecer la universidad de Pisa, y que ensalzaron á porfía á su protector, hasta el punto de hacerle pasar por un grande hombre, tanto á los ojos de sus contemporáneos como á los de la posteridad.

Obrando de esta manera, dispuso á los ciudadanos á que sufriesen una dominación más dura que la suya, destruyendo la vida interior y la energía de la voluntad. Habiendo conseguido uniformar las opiniones, hacer secretos los concejos y disponer arbitrariamente del tesoro público, pudo dedicarse á la política exterior y mantener el equilibrio de Italia, de modo que no pudiesen prevalecer los extranjeros. Después enfermó y dejó el cuidado de los negocios á sus dos hijos Pedro y Julian, para buscar en los campos, en los baños, un consuelo á incomodidades y dolores, en las doctas reuniones donde Ficino le hablaba de Platon, y Lardino, Merula, Leonceno y Calderino, de Horacio, de Ovidio, de Virgilio; donde Pulci le divertía leyéndole las aventuras de sus héroes, y Policiano celebrando los torneos dados al pueblo para separar su atención de los negocios del Estado.

Lorenzo aseguró á sus hijos una fortuna extraordinaria; vió á uno que debía llegar á ser un día Leon X, revestido con la púrpura á los catorce años; abrió nuevos caminos, fortificó á Florencia contra sus enemigos, y fué honrado por todos los soberanos, hasta por el Gran Señor y por el sultan. «Nadie murió, no solo en Florencia, sino en toda Italia, con mayor reputación de prudencia, ni fué tan sentido de su patria.» (22)

(21) *Atque aliud nigris missum, quis credit: ab Indis, Ruminat insuetas armentum discolor herbas.*

POLIZIANO, *Rusticus*.

(22) MAQUIAVELO, Policiano, ep. 2, lib. IV, describe circunstanciadamente la muerte de Lorenzo completamente cristiana y sin que aparezca ningun indicio relativo á la anécdota vulgar que se encuentra en la vida de fray Gerónimo Savonarola, publicada por Mansi (BALUZ, *Miscell.* tomo I, edic. de Luca): en ella se afirma que llamando Savonarola para que confesase á Lorenzo, le intimó á que restituyese á Florencia su antigua libertad, y que habiéndose este negado se marchó sin absolverlo, y murió privado de sacramentos. También se le atribuye esta falta en los *Recuerdos históricos* de FELIPE DE CINO RINUCCINO, obra muy contraria á los Médicis.

CAPÍTULO XX

LAS DOS SICILIAS.

Roberto.—Aquel rey Roberto que durante su larga vida capitaneó el partido güelfo, aumentando estensamente su autoridad y nada sus dominios, trató de conquistar la Sicilia (1309), y auxiliada por sus aliados y por tropas de Provenza y del Piamonte, le atacó con cuarenta mil hombres, setenta y cinco galeras, tres galeones, treinta barcos de trasporte, treinta sagitarios, y ciento sesenta buques con puentes; pero primero la tempestad, y después el clima hicieron abortar aquella expedición sin que se renovase otra vez, porque esto solo hubiera servido para arruinar el país. Lleno de celo á imitación de su tío san Luis, construyó aquel príncipe la iglesia de Santa Clara, donde fué enterrado, y en la que su inmenso mausoleo recibió un epitafio muy lacónico (1). Obtuvo del sultan de Egipto que doce franciscanos estuviesen empleados en el Santo Sepulcro, lo que no ha cesado de ser desde aquella época. Sabio y protector de los doctos, hizo él mismo sufrir un exámen á Petrarca, cuando se trató de coronarle poeta; y otorgósele el sobrenombre de sabio por las oportunas leyes que dió al reino de Nápoles.

Deprimido el clero por los príncipes suabios, se habia engrandecido en tiempo de los angevinos, hasta el punto de sustraerse á toda jurisdicción real. Autorizó Roberto á los magistrados, en caso de injuria y violencia, á que procediesen sumariamente, sin distinción de personas. Fué el primer ejemplo de los *conservatorios*, como se llamaban á las comisiones para juzgar especialmente á los que invocaban la protección real. Promulgó también cuatro *cartas arbitrarias*, ó rescriptos á los jueces, por los cuales concedía temporalmente ciertos poderes extraordinarios; como el de proceder de

oficio en caso de crimen capital, injurias á los sacerdotes, á las viudas, huérfanos, y el de omitir las formas de costumbre para proceder contra las bandas de asesinos. A veces también se concedían estas facultades á cualquier baron que solicitaba la autoridad judicial.

Iba aumentándose el poder de los barones, ya porque Roberto se encontraba ocupado en otra parte, ya por condescendencia suya ó por procurarse los medios de recobrar á Sicilia. Formáronse, pues, una clientela en rededor de sus castillos, que se convirtieron en guaridas de malhechores. Como los débiles no se atrevían á citarlos á juicio, se permitían todos sus caprichos, volviendo á comenzar á guerrear por su cuenta; y las arbitrarias leyes del rey, así como las amenazas de la corte de Roma, quedaban sin efecto.

Juana I.—El estado de aquel reino fué mucho peor después de la muerte de Roberto. Había destinado por esposo de su heredera Juana, como nacida del hijo que habia perdido, á Andrés, hijo de su hermano mayor Caroberto, rey de Hungría, á quien hizo educar en Nápoles, con el objeto de que se modelase á las costumbres de sus futuros súbditos, y que pudiese conquistar su afecto. Vanas fueron sus precauciones. Cuando ambos esposos le sucedieron en el trono, Juana iba á cumplir diez y seis años (1343), su marido era más joven que ella de algunos meses. La magnificencia de su palacio no tuvo igual en Europa. La reina Sancha de Mallorca, viuda de Roberto; Catalina emperatriz de Constantinopla; Margarita de Tarento, reina viuda de Escocia, tenían otras tantas cortes en Nápoles. Maria, hermana de Juana, casada secretamente con Carlos Durazzo brillaba por su hermosura y talento; Inés de Perigord, madre de aquel señor, completaba el círculo real, en el que todos hacían ostentación de lujo, fiestas, refinamientos

(1) *Suscipe Robertum regem virtute reformatum.*

de galantería, y donde todo, añadiremos, eran peligros para la hermosa y frágil Juana. Su esposo Andrés, no había sabido despojarse de las groseras costumbres del madgyar, y pretendía reinar, no por los derechos de su mujer, sino por el suyo propio y en calidad de heredero del trono. Resultó de ello que la corte y el reino se dividieron en dos facciones (2).

El partido húngaro se aumentó con el favor del papa y la indiferencia de Juana. Entregada enteramente á sus diversiones, de las que no quería la distrajesen los negocios, asoció lo esquisito de la civilización italiana, pulida y literata, á las pompas de Alemania y de la Provenza; haciendo alternar los sonetos de Petrarca y las novelas de Boccaccio con los juegos florales, los torneos y las cortes de amor. Fray Roberto, que había sido el preceptor de Andrés, y ejercía gran influencia sobre la reina, engañaba á ambos partidos para permanecer árbitro del reino (3).

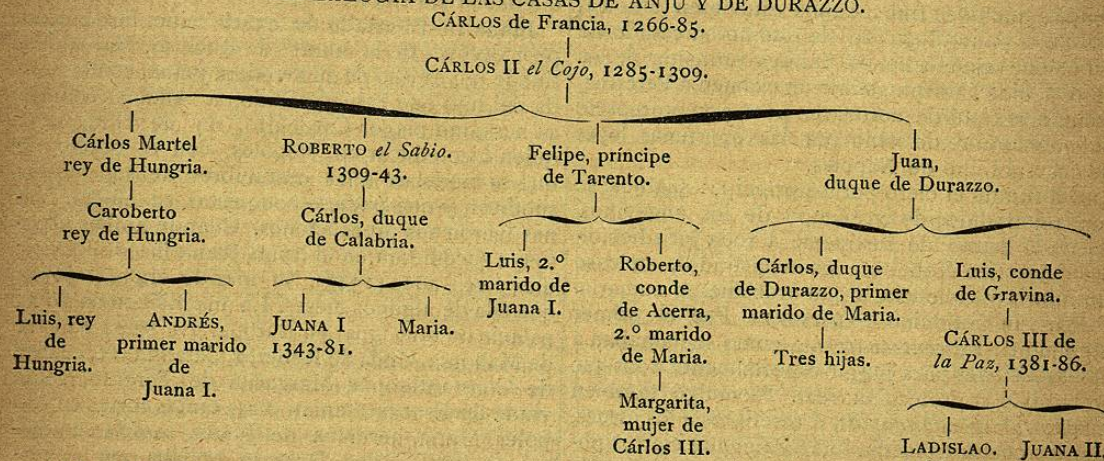
Andrés, que se encontraba incómodo en medio de las costumbres de la corte, irritado además por los amores de Juana con Luis de Tarento, quiso ser consagrado antes de cumplir los veinte y dos años fijados para ello por el rey Roberto; y en su coronación hizo enarbolar horca y cuchilla, como para significar que usaría de ella contra sus adversarios. Cuando se quiere obrar, no se debe amenazar. Los que tenían motivo para temer su cólera, urdieron una conspiración, á cuya cabeza se hallaba el conde Artusio, hijo natural del rey Roberto, y la catanesa Filipina, confidenta de la reina. Si Juana no consintió en la muerte de su esposo, al menos no puso obstáculo; y Andrés después de haber sido estrangulado, fué arrojado por la ventana del palacio (20 agosto de 1345). Nadie trató seriamente de vengarle: sólo el papa intimó á Bel-

tran de Balzo, gran justicia del reino, proceder contra los culpables; y la reina no pudo impedir que los cómplices del asesinato fuesen ahorcados y quemados. No por eso dejó de tener la desvergüenza de casarse con el duque de Tarento, y escribir á Luis el Grande de Hungría, su cuñado, para escusarse, protestando su inocencia. Su respuesta fué: «Tu modo de vivir sin pudor, el poder real que has conservado, tu negligencia en castigar el crimen, las excusas que te has apresurado á dar sin exigírtelas, prueban tu complicidad y participación en el asesinato. Nadie puede escapar de la venganza de Dios y de la de los hombres.» Pidió al papa que la declarase indigna del trono, y darle él la investidura del reino de Nápoles, al paso que se preparaba á ir á hacer justicia al frente de un ejército.

Púsose en efecto en marcha seguido de tropas mercenarias (1347); aunque el papa había tenido en las fuentes bautismales un hijo póstumo de Andrés, trató de persuadirle que dejase el litigio á su tribunal. Llegaron á las manos; para impedir Juana que los sicilianos hiciesen causa común con los húngaros, celebró la paz con ellos garantizándoles una independencia absoluta; pero abandonada por los suyos, huyó á Provenza; Carlos Durazzo, considerado como su cómplice, fué decapitado y otros varios con él. Después de haber colocado Luis á los húngaros en los diferentes gobiernos, y dejado por regente á Esteban Laszk, príncipe de Transilvania, volvió á sus Estados (1348).

Disgustados pronto los napolitanos con tener por señores á extranjeros, volvieron á llamar á Juana, que, declarada inocente por el papa, le vendió Aviñón por 80,000 florines. Asalarió tropas con el dinero que se procuró empeñando sus alhajas, y recobró sus Estados, excepto algunos castillos.

(2) GENEALOGIA DE LAS CASAS DE ANJÚ Y DE DURAZZO.



(3) Petrarca, que vió entonces aquella corte, ruega al cielo preservar á la Italia de semejantes males. Nápoles es á sus ojos una Meca, una Babel, donde Cristo es insultado, donde no hay fé, justicia, ni piedad; los que la dominan son Falaris, Dionisios y Agatocles. Habla particularmente en contra de fray Roberto, á quien trata de puerco, de fraile andrajoso, de intrigante y orgulloso.

Pero intrépidamente frívola en medio de tantos peligros, continuó entregándose á los placeres, al paso que se formaba la tormenta en su rededor. Volvió Luis á la carga con un numerosa tropa de húngaros todos á caballo, teniendo por única defensa una triple almilla de cordobán, sin más armas ofensivas que un arco y una larga espada; los caparazones de sus caballos servían por la noche de cama y de cobertor al ginete, cuyo alimento consistía en carne seca, triturada y cocida. De esta manera es como habían hecho la guerra á los búlgaros, á los rusos, á los tártaros y á los servios en las abiertas llanuras donde abundaban los pastos. Pero los italianos destruían todas las subsistencias, ó se encerraban en las plazas fuertes, y los hacían de esta manera consumirse por falta de forrajes. No por eso dejaron de asolar el reino; y se apoderaron casi enteramente de él, excepto de Gaeta, donde se habían refugiado Juana y su esposo. Pero viendo Luis sus tropas diezmadas por el hambre y la peste, y habiendo espirado el tiempo del servicio feudal se decidió á concluir una tregua á condicion de que el papa haría que se instruyese el proceso de Juana, y que el reino, en caso de ser reconocida culpable, volvería al rey de Hungría; en el caso contrario, le cedería éste las plazas de que era dueño, mediante 300,000 florines.

Con objeto de evitar un proceso, probó Juana con ayuda de declaraciones prestadas bajo la fe del juramento, que un filtro la había apartado de amar á Andrés: en su consecuencia, declaróse que no se le podía imputar el asesinato de aquel príncipe (1352). Restablecióse de esta manera la paz; Juana volvió á Nápoles, y Luis de Tarento fué coronado. Pero qué podían hacer en un reino destrozado por las facciones, donde los barones no querían deponer las armas que habían empuñado en el último conflicto? Hasta llegó el caso de que los descontentos atrajesen al país la banda del conde Landau, que hizo temblar á amigos y enemigos. No se pudo licenciarla sino imponiendo contribuciones extraordinarias, y suspendiendo el tributo debido al papa, de lo cual se aprovechó para poner el reino en entredicho. Luis de Tarento, que no era más que un frívolo galante, murió á la edad de cuarenta y dos años (1362). Entonces Juana se casó á instancia de los barones con Jaime de Aragón, rey titular de Mallorca, pero manteniéndole separado de toda autoridad; hasta vivió la mayor parte del tiempo en España, y terminó sus días sin haberla hecho madre.

Juana tenía entonces cincuenta años; todos sus hijos habían muerto; su hermana Maria, que á ejemplo suyo se había desembarazado de su marido, no había dejado más que tres hijas. Designando Juana á Margarita, una de ellas, para sucederle, la casó con Carlos Durazzo, hijo de aquel que había sido decapitado y que se atribuía algunos derechos á la corona angélica de Hungría. Intimas relaciones entre él y Luis el Grande causaron recelos á Juana, que resolvió al momento casarse con Oton de

Brunswick (1376). Como después contribuyó favoreciendo á Clemente VII á hacer estallar el gran cisma de Occidente, Urbano VI la escomulgó é incitó contra ella á Carlos Durazzo, llamado de la Paz. Entonces instituyó la reina por su heredero á Luis de Anjú, hijo de Juan II de Francia (1380), y Clemente VII erigió en su favor el nuevo reino de Adria, compuesto del Estado eclesiástico, menos el patrimonio de San Pedro y la campiña de Roma.

Carlos III.—La muerte de su padre le impidió pasar los Alpes (1381). Sin embargo, coronado Carlos en Roma por Urbano VI, que no contento con prodigarle los tesoros de la Iglesia, había enajenado por él hasta sus posesiones territoriales, entró en el reino. Irritado el pueblo con que Juana hubiese adoptado un príncipe francés, ó más bien sublevado por los manejos de Carlos, se apoderó de la princesa; y á la noticia de que Luis de Anjú se adelantaba á libertarla, fué estrangulada (1382). Así pereció aquella reina, que después de una juventud vituperable, había mostrado generoso carácter, franqueza y bondad.

Luis hubiera querido dominar en Provenza para recoger allí la porción más sólida de la herencia; pero el papa le impulsó á Italia, donde tomando el título de rey, continuó durante dos años la guerra contra Carlos de la Paz. Su adversario tenía cuidado de evitar los combates, con la esperanza de que las enfermedades acabarían por debilitar al ejército, los caballos y el tesoro de Luis. En efecto, los mejores caballeros tenían asnos por cabalgaduras. El duque, que después de haber vendido su vajilla, alhajas y hasta su corona, estaba reducido á ponerse un harapo desteñido encima de su coraza, murió de la fiebre en Bari; los que no perecieron se volvieron pidiendo limosna y robando. Libertado Carlos de su principal enemigo, rompió las hostilidades con Urbano VI por haber negado al sobrino del pontífice el principado de Capua, y otras posesiones que le había prometido en la época de su coronación. De aquí procedió una guerra y escandalosas escomuniones que turbaron su reinado, hasta el momento en que llamado á Hungría por una facción, fué muerto allí á traición.

Ladislao.—Su hijo Ladislao, de edad de doce años, fué proclamado rey; el partido francés por su parte saludó con el mismo título á otro niño, Luis II, hijo del duque de Anjú; y Maria de Blois, su tutora, arrebató á Ladislao casi toda la Provenza. Descontentos los napolitanos con Margarita, viuda de Carlos, que ejercía la regencia, y con la avaricia de sus favoritos, se sublevaron también en favor de Oton de Brunswick, viudo de Juana, y que hechura de Clemente VII, se apoderó de Nápoles en nombre del príncipe angevino. En medio de este conflicto, la mayor parte negaron la obediencia á los dos pretendientes, fueron escomulgados ambos por el papa, y el reino cayó en la anarquía. Coronado Luis II en Aviñón, fué acogido en